

En la mañana del 25 el ministro me mandó su coche en el cual fuí conducida hasta la garita. Desde allí caminé hasta la Casa Colorada, donde ví al coronel Leon, á quien dije que llevaba conmigo algun dinero para los prisioneros. Entonces él mismo me condujo al Castillo de Chapultepec y los mandó llamar. Eran un capitán, Rodolfo Spornberger y algunos cabos y soldados, en total, quince hombres; tenían en efecto sus vestidos hechos jirones y se encontraban en la situación mas desesperada. Dí al capitán veinticinco pesos y á cada uno de los demás cinco, exigiendo que cada uno pusiera su recibo en mi lista, que está todavía en mi poder, en prueba de que no he olvidado mi encargo.

De allí me fuí á Tacubaya. Al llegar noté en los modales de los prisioneros de los oficiales liberales mucho cambio para conmigo, y al entrar en la casa de Hube, encontré á todos en llanto, y en grande angustia. No sé exactamente lo que habia sucedido durante mi ausencia; pero el 24, Porfirio Diaz habia dado una orden mandando fusilar á cualquiera que viniese de Méjico bajo el pretexto de negociaciones; y como yo me encontraba en la misma posición, los buenos Hubes me veían ya en el féretro.

Quise ir al momento á casa del jeneral para disculpar mi larga ausencia; pero la señora Hube no quiso dejarme ir y me detuvo muchas horas. De repente se paró delante del zaguán un carruaje con cuatro caballos y se presentó un oficial, quien me anunció tener la órden de conducirme al instante al cuartel jeneral. El lamento en casa de Hube era grande; pero tuve que obedecer y despues de haber envuelto algunas piezas de ropa mas necesarias, monté en el carruaje, con Margarita y Jimmy.

Al llegar al cuartel jeneral, un ayudante de Porfirio Diaz me comunicó que tenia yo que salir de Méjico inmediatamente, y me dió un pasaporte con la órden de indicar un puerto donde quisiera embarcarme y á cuyo punto sería conducida por una escolta.

Todo este arreglo no me convenia absolutamente, y resolví que no se efectuaría. Por tal motivo pedí ver al jeneral Porfirio Diaz, porque debia haber alguna mala intelijencia que deseaba aclarar. Pero el jeneral rehusó verme, y el ayudante insistia en mi partida. Mas le declaré resueltamente

que no me iria con mi voluntad; que me pasieran cadenas ó me fusilaran, pero que jamás me harían salir del país.

Mi firme resolución les causaba un gran embarazo y no sabian qué hacer, porque permanecí en el cuartel jeneral desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, sin moverme de mi lugar. Al fin consentí en dejarme alojár en una casa particular con una familia mejicana que me trataba con mucha atención; pero se colocó un centinela delante de la puerta.

El 26 de Abril en la mañana fui en carruaje con cuatro caballos volvió á pararse delante de la casa y el oficial que debia escoltarme, insistia en mi marcha. No me moví de mi lugar y mandé al jeneral Porfirio Diaz un recado con la súplica de dejarme ir para Querétaro; pero recibí por respuesta una denegacion, y permanecí resueltamente allí donde estaba.

En la tarde vino la señora Hube á dejarme algunos vestidos, acompañada del jeneral Baz, quien acababa de llegar de Querétaro y es muy amigo de la familia de Hube.

El jeneral Baz es un señor bastante corpulento con una cara gorda y agradable, ojos pardos claros, pelo castaño igualmente claro, el bigote un poco crespo más claro, lo mismo que la piocha. Es en sus modales muy elegante y espedito, y me hacia más bien la impresion de un francés. Habia viajado mucho y era sumamente amable y comedido, con una cierta dignidad en su porte, y aunque era un liberal en cuerpo y alma, disfrutaba la estimacion y el afecto de los dos partidos.

El Sr. Baz estaba desde luego dispuesto á ver al jeneral Porfirio Diaz y á informarse de él sobre el motivo verdadero de su extremo rigor para conmigo.

Entonces supimos pronto á qué atenernos. Porfirio Diaz decia que yo habia violado mi palabra procurando sobornar á sus oficiales por medio de dinero y de lisonjas, lo cual era un gran crimen; y que era una persona demasiado peligrosa para poderme dejar en Méjico.

Sin embargo, el Sr. Baz arregló el asunto y obtuve al fin de Porfirio Diaz el permiso de irme para Querétaro; pero sin ninguna escolta, dejando completamente al arbitrio de Escobedo permitirme la entrada á aquella ciudad ó despacharme más lejos.

El jeneral Baz, siendo como siempre sumamente afable, hizo todo cuanto pudo para allanarme el camino para Querétaro. Me dió como unas treinta cartas de recomendacion para dueños de haciendas, maestros de postas, administradores de diligencias, posaderos y oficiales. El Sr. Smith, comerciante y al mismo tiempo director ó inspector principal del ferrocarril, puso á mi disposicion cuatro mulas muy buenas con su cochero; se me ofreció un coche de un color amarillo sumamente claro, que habia servido probablemente ya desde la conquista de coche-simon en Tacubaya.

El camino entre Méjico y Querétaro estaba plagado de ladrones, por cuya razon el viaje de cuatro dias no dejaba de ser bastante peligroso; pero mi buena estrella no me abandonó. Un tal Sr. Parra, que pertenecia al partido liberal y quien con el fin de hablar á Porfirio Diaz acababa de hacer el viaje en tres dias, viendo que no podia lograr su objeto, se resolvió á volver inmediatamente y se ofreció á escoltarme; lo acepté con tanto más gusto, cuanto que tenia consigo á un mozo armado á caballo y tambien á un cochero. Porfirio Diaz no tenia por fortuna nada que decir en contra sobre que dicho señor me acompañase. Con mucho sentimiento me despedí de la familia Hube y me puse en camino el 27 de Abril. Me acompañaron por supuesto Margarita y Jimmy y tambien mi pequeño revolver de siete tiros que llevaba siempre conmigo.

Las cartas de recomendacion que el jeneral Baz me habia dado, eran de sumo valor para mí. Por todas partes fuí recibido con la mayor afabilidad y hospitalidad y tratada con una estimacion y atencion como si fuese una reina. Para mí, mis compañeros, mis sirvientes y mis mulas se tomaban el cuidado más esmerado y en ninguna parte se queria pagar alguna, lo que no me era desagradable en las actuales circunstancias, siendo así que no tenia más que tres onzas en la bolsa.

Una mañana al amanecer salimos de San Francisco. Despues de haber andado algun trecho, un poco antes de la salida del sol, ví á la derecha del camino, un objeto colgado de un árbol, y plenamente iluminado por los rayos del sol naciente. Saqué la cabeza fuera de las ventanillas del coche para ver lo que era, y reconocí con gran horror, á un oficial liberal

de uniforme y bota fuerte, y una gorra negra sobre la cabeza y la cara. La sangre escurria del cuerpo hasta el suelo, lo que era una prueba de que no habia encontrado su muerte solamente por la soga.

Llena de horror y de espanto retiré violentamente la cabeza; pero al mirar por el otro lado del carruaje, ví otro árbol al cual igualmente estaba colgado otro oficial liberal, cuyo aspecto era aún más horroroso.

Supe despues que aquellos desgraciados eran un teniente-coronel y un mayor, quienes, despues de haber cometido un crimen horrible contra una jóven, habian echado á tierra á su padre, que enfurecido trataba de vengarla y le mataron despues de haberle arrancado la lengua. Segun la costumbre mejicana fueron fusilados en el mismo lugar donde habian cometido el crimen y quedaron, por via de ejemplo, colgados á los árboles por algun tiempo.

Pasó largo rato, antes que pudiera librarme de la impresion que aquella escena horrorosa habia hecho en mí, y que todavía al recordarla me hace estremecer.

Al fin llegamos delante de Querétaro. Desde la altura de la Cuesta China se podia ver toda la ciudad; pero tambien fuimos vistos desde allí y mi coche amarillo con cuatro mulas y una escolta no quedó desapercibido por los Imperialistas que me habian tomado por Juarez, segun me dijo más tarde el Emperador. Al bajar el cerro para la Hacienda de Hércules perteneciente al Sr. Rubio, para quien tenia una carta de recomendacion, esperaba siempre recibir una bala de las baterías de la ciudad, por hallarme por todas partes á tiro de cañon.

El cuartel jeneral de Escobedo estaba del otro lado, esto es, al lado Norte del Rio blanco, en la pendiente del cerro de la Cantera. Tenia cartas que entregarle y queriendo tambien saber á qué debia atenerme, me mudé luego de traje y monté un caballo que pude fácilmente conseguir; un albardon no se encontró en ninguna parte y tuve que montar en una tosca silla mejicana de palo, lo cual ni era agradable absolutamente, ni dejaba de tener sus incomodidades peculiares.

El caballero que me habia acompañado desde Méjico, ha-

bia ya tomado la delantera para anunciar mi llegada. Cuando mandé mi tarjeta al jeneral Escobedo, salió del grupo de los oficiales allí reunidos un capitán de color rubio, saludándome como antiguo conocido desde los Estados Unidos, aunque yo no podía recordarle. Era un capitán Enking, quien habia sido teniente de Artillería en la División del jeneral Blenker y que decia haberme servido una vez de escolta al visitar su campamento.

Supe despues que ese jóven se ha jactado de conocerme muy íntimamente, aunque yo no pude recordar siquiera su cara. Tambien más tarde se condujo de la manera más despreciable y parece que jamás ha disfrutado una gran estimación ni entre sus mismos compañeros, y menos de parte del jeneral; pues este último rehusó con bastante frialdad los servicios de intérprete que Enking le ofreció, y prefirió mandar llamar para el mismo objeto á un mejicano que sabia inglés.

El Sr. Enking era oficial en la *Legion of honor* americana, y despues de la toma de Querétaro entró con su tropa por fuerza en habitaciones particulares echando mano sobre cuanto era de propiedad de unos oficiales imperiales; por cuyo hecho el jeneral Escobedo le impuso un arresto.

En otra ocasion, cuando rogué al jeneral que me diera un oficial de compañero, mandó llamar al mismo capitán Enking de quien ya sabia que se habia permitido hacer observaciones sobre mí. Rehusé con cólera ese acompañamiento espresando mi sorpresa de que el jeneral me queria hacer acompañar por semejante sugeto. El capitán Enking se retiró muy confundido, y Escobedo hizo sus disculpas. Parece que tuvo un intento particular al poner á ese caballero en frente de mí, esperando que le haria un desaire.

El jeneral Escobedo me recibió en una tienda de campaña muy pequeña y estraordinariamente miserable, por todas partes apuntalada por palos y remendada pobremente con tablas y telas de lienzo. Habia en ella una tosca mesa hecha de tablas, y un cajón de palo blanco servia de asiento. El jeneral llevaba un uniforme semejante al que usaba Porfirio Díaz, con la sola diferencia de que usaba más galones y botones.

Escobedo me recibió con mucha amabilidad. Le dije que

habia sabido que mi marido estaba herido y por tal razon le pedí el permiso de entrar á la ciudad á cuidarle. El jeneral contestó que no sabia nada de la herida de mi marido y que no me podia dar el permiso deseado; que todo cuanto podia hacer, era darme una carta para el Presidente Juarez en San Luis Potosí, quien tal vez accederia á mi deseo.

Manifestó conocer muy bien á mi marido y me hizo muchos cumplimientos respecto de él, diciendo que era un oficial sumamente valiente y atrevido, lo que habia experimentado á su propio perjuicio. Prometió tratarle bien, en caso de que cayera en sus manos y permitirme que le cuidara, si estuviese herido.

El jeneral lo dejó á mi arbitrio si queria marcharme en la diligencia que debia salir á S. Luis Potosí en la próxima mañana ó si preferia permanecer en la casa del Sr. Rubio hasta la salida de otra diligencia. Me resolví por la primera alternativa, considerando que mi permanencia delante de Querétaro ya no tendria ningun objeto. El mismo Sr. Parra, quien me habia acompañado desde Méjico, se ofreció escoltarme tambien hasta S. Luis Potosí; pero no quise aceptar su oferta, aunque le quedé sumamente agradecida, y supliqué al jeneral Escobedo me diera á un oficial suyo de escolta, á cuya solicitud accedió bondadosamente.

La diligencia salió de un lugar algunas leguas distante de Querétaro y al concurrir allí á las tres de la mañana, se me presentó el Teniente Coronel Aspiroz, manifestándome que era el mismo oficial á quien el jeneral habia encargado de acompañarme hasta S. Luis Potosí, y de presentarme al Presidente.

Sin algun accidente llegamos dentro de tres dias á S. Luis Potosí; y entregué luego una carta del jeneral Baz al comandante militar de la ciudad, quien me alojó en una habitacion en una casa perteneciente á un señor que era partidario del Emperador.

El Teniente Coronel Aspiroz me acompañó á casa del Presidente. Encontramos allí á uno de sus ayudantes que me introdujo de la mano, como en una contradanza, en una grande sala de recepcion. Aquí el ayudante ceremonioso me hizo una reverencia tan profunda como un acróbata, y me dejó sola con Aspiroz.

Unos pocos momentos despues entró el Presidente *Juarez* acompañado de su ministro de justicia, Sr. *Iglesias*, quien habla el inglés perfectamente bien y sirvió de intérprete.

Juarez es un hombre de una estatura más bien baja que mediana, con un rostro muy oscuro y del tipo indio, que queda un tanto desfigurado, ó más bien dicho interesante por una cicatriz muy grande. Tiene unos ojos muy negros y penetrantes, y hace la impresion de un hombre que medita mucho y reflexiona larga y detenidamente antes de obrar.

Llevaba cuellos parados muy altos, una corbata negra y traje de paño negro.

El presidente me dió la mano y me condujo al sofá, donde por supuesto, Jimmy se habia ya establecido; y me dijo que estaba dispuesto á oír lo que tenia que comunicarle.

El Sr. *Iglesias* que hizo de intérprete parecia más bien un alemán, peli-oscuro, con anteojos, que un mejicano. Tanto en su esterior como en sus modales, es un caballero en todo el sentido de la palabra; y su cara benévola manifestaba interés.

Conté al Sr. *Juarez* todo cuanto habia sucedido en Méjico y lo que yo habia intentado para poner fin al derramamiento de sangre; y últimamente le supliqué que me permitiese entrar á Querétaro.

El presidente contestó que todavía no habia recibido de Porfirio Diaz un informe detallado sobre el motivo que le habia inducido á proceder con tanto rigor contra mí, pero que el jeneral debe haber tenido seguramente buenas razones para considerarme por tan peligrosa; y que antes de estar mejor informado no podia darme alguna respuesta, dejando completamente á mi propio parecer, si queria volverme con el teniente coronel *Aspiroz* á esperar su respuesta en casa del Sr. *Rubio*, ó quedarme en San Luis.

Contesté que lo reflexionaria y le daria mi respuesta mañana mismo. El presidente me dió el brazo y me condujo por toda la pieza hasta las escaleras, donde se despidió de mí con una profunda reverencia.

No pudiendo obtener el permiso de entrar á Querétaro, juzgué por mas conveniente permanecer cerca del presidente donde podia saber siempre las noticias mas recientes y encontrarme por tanto en la posibilidad de obrar eficazmente se-

gun el tenor de ellas. Pero despues de la marcha del Sr. *Aspiroz* y al acercarse el dia en que la diligencia debia salir otra vez, cambié de resolucion y me decidí á volver á casa del Sr. *Rubio*. Por tal razon fuí á ver al presidente para comunicarle mi nueva determinacion; pero él insistió en que me quedase, porque estaba esperando de un dia á otro la caida de Querétaro.

Por tanto, permanecí quieta en San Luis y supe casi nada de nuevo hasta el 15 de Mayo, cuando de repente el repique de todas las campanas acompañado de salvas de artillería anunció un gran acontecimiento; pero solo hasta el otro dia en la mañana supe por un señor que vino á visitarme, que un coronel *Lopez* habia vendido Querétaro, por tres mil onzas, á los liberales, que el Emperador y mi marido habian caido prisioneros, y que el último estaba herido.

Era natural que semejantes nuevas me afectaran sobre manera y fuí luego á ver al presidente para pedirle la licencia de ir á Querétaro. Mas no pude verle, porque estaba comiendo, y por tanto creí mas conveniente marcharme sin su permiso. Así lo hice y llegué á Querétaro el 19 de Mayo.

Bajé en el hotel de las diligencias donde todos conocian muy bien á mi marido. Era entre las seis y las siete de la tarde, y por tanto era demasiado tarde para buscar á *Escobedo*, cuyo cuartel jeneral estaba en la Hacienda de *Hércules*, que está algo distante de la ciudad.

El otro dia en la mañana, tuve que irme á caballo, porque era imposible encontrar un coche, y no pudiendo conseguir un albardon, monté un caballo ensillado que estaba parado delante de mi puerta y que pertenecia á un oficial enemigo, quien me lo ofreció con mucha política. Así caminé para dicha hacienda, seguida por un mozo indijena.

El jeneral me recibió con suma amabilidad; me dió la mano y me dijo que se alegraba mucho de volver á verme. Le pedí el permiso de visitar al Emperador y á mi marido; entonces mandó llamar al coronel *Villanueva*, oficial en su estado mayor, quien debia acompañarme á la prision.

Me volví primero á mi hotel para cambiar mi vestido de montar por otro, y me fuí despues con el mencionado coronel al Convento de las Teresitas. Llegamos allí entre las 10 y las 11 de la mañana, atravesamos un patio y subimos

unas escaleras muy sucias, donde habia un hedor insoportable. Esto y el ruido de los soldados me causaron una especie de vahido.

Entramos en un pequeño cuarto sucio, donde varios oficiales estaban acostados en el suelo sobre unos petates. Encontré á todos en muy malas trazas: desaseados y desaliñados.

Al preguntar por mi marido, un caballerito muy político, Sr. Blasio, me dijo que estaba en el cuarto contiguo al del Emperador y que vendría en el momento.

Apenas hubo acabado de hablar, vino mi marido. No estaba afeitado, llevaba una camisa de muchos días y tenia unas trazas como si acabase de salir de un basurero, aunque no estaba más desaseado que sus camaradas. Me afectó muchísimo el volverle á ver así y en tales circunstancias; me puse á llorar y casi desvanecida me eché en sus brazos.

Se fué luego á anunciar mi llegada al Emperador, y volvió pronto con la noticia de que este se complacería en recibirme. El Emperador estaba enfermo y en cama, mas en una situacion semejante cesan todas las ceremonias. Salm me advirtió no hablar de la muerte del jeneral Mendez, que hacia unas pocas horas habia sido fusilado.

Jamás en mi vida olvidaré aquella primera entrevista con el Emperador. Nunca, le habia visto porque habia siempre acontecido que él estaba ausente de Méjico, cuando yo tenia mi residencia allí.

Le encontré en cama, en un cuarto miserable y desprovisto de todo; parecia muy pálido y enfermo. Me apretó la mano, la besó y dijo que se alegraba mucho de que viniese á verle.

Como no habia sabido nada de cierto ni de Márquez ni de Méjico, tuvo mucho interés en todo cuanto le conté; se enojó muchísimo por la conducta de su jeneral, que se abrogaba unos derechos que no podian concederse á ningun súbdito; puesto que distribuia condecoraciones, como si él mismo fuese el Soberano.

Le informé tambien de mis negociaciones con Porfirio Diaz y con los coroneles extranjeros en Méjico, lo mismo que de mi entrevista con Juárez en San Luis Potosí, lo cual le causó sumo interés.

El estado en que encontré al Emperador, me hizo preguntar á S. M. si no se podrian dar algunos pasos para ha-

cer cambiar aquella situacion desagradable y sobre todo para saber lo que los liberales estaban intentando respecto de él; pues supe que el jeneral Escobedo habia hecho en efecto una visita al Emperador, pero sin indicarle algo acerca del porvenir.

Por tanto, me propuse hablar al jeneral en nombre del Emperador y procurar que concediese unas condiciones más razonables. Pensé hacer cuanto podia, para que él viniese á ver al Emperador, ó que le recibiese en algun lugar decente en caso que este se sintiese bastante aliviado para poder salir.

Me pareció de la mayor importancia mejorar la estancia del Emperador y la de mi marido y ante todo comprar alguna ropa blanca que los dos necesitaban mucho pues carecian de todo.

Me volví luego al cuartel de Escobedo, á quien encontré de muy buen humor, porque estaba esperando á su hermana á quien no habia visto hacia muchos años. Me dijo que no podia salir, pero que recibiria al Emperador con sumo placer si este queria hacerle una visita, acompañado de mí y de mi marido.

Mientras que el coronel Villanueva salia á buscar un coche para la visita propalada, me procuraba alguna ropa blanca, con la que volví á las Teresitas.

El Emperador se sintió bastante fuerte para salir, me dió su brazo, y seguidos del coronel Villanueva y de mi marido, bajamos las escaleras, hasta la calle, donde encontramos el hermoso coche del Sr. Rubio y una escolta.

En nuestro tránsito hasta la puerta los prisioneros que habian salido de sus celdas, se pusieron en filas, y todos saludaron al Emperador con la espresion del mayor respeto y amor.

Fuimos en coche á la Hacienda de Héreules, y en un jardin grande y hermosísimo, con una fuente y un estanque en medio, se hallaban reunidos muchos oficiales liberales y otras personas, todas las cuales saludaban respetuosamente al Emperador, que me llevaba del brazo.

El jeneral Escobedo vino á encontrarnos y dió al Emperador la mano. Despues se dirigió con nosotros hacia una calle de árboles ancha, á la derecha, donde se habian colocado asientos para nosotros. Al principio platicábamos sobre objetos

indiferentes, pero nuestra conversacion se hacia muy penosa á causa de dos bandas de música que hacian un espantoso ruido musical, ahogando nuestras voces.

Poco á poco llegamos al objeto de nuestra entrevista, y el Emperador dijo al jeneral Escobedo que tenia que hacer en su nombre algunas proposiciones; y él y el coronel Villanueva se retiraron á fin de arreglar el asunto, cuyos pormenores se podrán leer en el diario del príncipe.

Permanécimos hasta el crepúsculo en el cuartel jeneral de Escobedo, quien nos ofreció refrescos; pero no los aceptamos, y volvimos á Las Teresitas del mismo modo en que habiamos ido.

El Emperador estaba sumamente abatido, lo que debia atribuirse tanto al estado de su salud, como al bullicio de aquel convento; por cuya razon no podia conciliar el sueño, y tenia un deseo vehemente de tener una casa particular para él y para los que lo rodeaban.

Tuve mucho empeño en cumplir con el deseo del Emperador, y encontré tambien á Escobedo muy dispuesto en nuestro favor, de suerte que ya en la próxima mañana habia hallado una casa muy bien alhajada, de la que una mitad quedaria destinada para las habitaciones del Emperador y de su casa, mientras que la otra serviria de lugar de detencion para los generales.

Pero la buena intencion de Escobedo se desconcertó completamente por las maniobras del jeneral Refujio Gonzalez, un antiguo jefe de gavilla, quien estaba encargado de la guardia de los prisioneros. Este reprobaba á Escobedo que tratase á Maximiliano como á un príncipe, contrariando las instrucciones del supremo gobierno, y que él no podia responder de la seguridad de los prisioneros, si estuviesen alojados en una casa particular.

Escobedo no podia dejar semejantes observaciones desapercibidas, tanto á causa de la disposicion que reinaba entre sus tropas, cuanto que tambien sabia de muy buena fuente, que el gobierno estaba resuelto á emplear el mayor rigor contra sus prisioneros imperiales. Dejó al albedrío de Refujio Gonzalez procurar otro alojamiento para el Emperador y los jenerales; y dentro de poco tiempo recibieron el aviso de que tenian que trasladarse al convento de las Capuchinas.

El Emperador queria que yo le acompañara en este camino, y el coronel Villanueva salió para pedirle otra vez al Sr. Rubio su coche, que se le concedió inmediatamente.

El Emperador al ser introducido á la pieza destinada para él en el convento de las Capuchinas, se paró en el dintel, diciendo con una voz conmovida: "Por cierto, este no puede ser mi cuarto. Es un sepulcro! Es de mal agüero!"

Era en efecto lo que el Emperador decia; pues aquellas piezas constituian el panteon de las Capuchinas. El coronel Villanueva se incomodó, lo mismo que todos nosotros, y corrió inmediatamente á ver al jeneral Refujio Gonzalez para reconvenirle sobre esta falta absoluta de todo miramiento, la que podia llamarse brutalidad; pero el digno cabecilla contestó: "Sí, ese es su cuarto, y allí debe dormir, á lo ménos esta noche, para recordarle que sus horas están contadas."

Luego que Escobedo fué informado de esa infamia, mandó dar al Emperador otro cuarto, donde podia salir á un pequeño patio. Tres dias despues, empezó la formacion de la causa, y por esta razon Maximiliano fué separado de los demas prisioneros. El coronel Villanueva me dijo significativamente: "La cosa se acerca á su fin, nada más que la fuga puede salvar al Emperador."

Me dirijí muy aflijida á mi casa, y encontré al Sr. Bahnsen, vecino de San Luis, cuya cara lastimera no estaba propia para dispersar mis pensamientos melancólicos. No dormí casi nada en toda la noche; porque no dejaba un instante de pensar en revolver esta pregunta: "¿Qué puede hacerse para salvar al Emperador?" Así continué el dia siguiente, y cuando al anochecer los Sres. Bahnsen y coronel Villanueva vinieron de visita, habia encontrado lo que queria y les pregunté: "¿Quién quiere ir á San Luis Potosi y pedir á Juarez una próroga?"

El Sr. Bahnsen se encojió de hombros y dijo: "Nadie quiere ir allá. Pedir una próroga! Esto es enteramente inútil. Vd. no conoce á Juarez. Le conozco mejor. No se debe pensar absolutamente en eso."

"Ahora, coronel," contesté: "á vd. no puedo ni insinuarlo; pero yo que soy mujer, iré."

"¿Usted!" esclamó el Sr. Bahnsen con una risa sarcástica, no muy galante; pero ni toda su duda ni su mofa me hicieron re-

sistir de mi determinacion y pregunté al coronel: "¿Quiere vd. acompañarme á casa de Aspiroz, para pedirle el permiso de ver al Emperador en esta misma noche?"

El coronel estaba dispuesto. Mi anterior compañero de viaje, el teniente coronel Aspiroz, habia sido nombrado fiscal en la causa del Emperador, quien desde luego habia quedado bajo su vigilancia particular.

Eran las once y media de la noche, cuando llegamos á la habitacion de Aspiroz, que estaba ya acostado; mas Villanueva le despertó. Le comuniqué que queria ir otra vez á San Luis Potosí y le pedí permiso de hablar antes con el Emperador en presencia del coronel Villanueva. Me lo concedió, no solo con mucha amabilidad, sino aun con una prontitud que me admiraba.

Ya hacia mucho tiempo que habian dado las doce de la noche; cuando llegamos al convento de las Capuchinas. Mi marido dormia; pero estaba vestido aún, y no dejó de asustarse al verme aparecer tan de repente, no pudiendo suponer otra cosa sino que una nueva malísima podia hacerme penetrar en la prision tan á deshoras de la noche; pero al saber lo que se intentaba, lo encontró escelente, y fué inmediatamente conmigo á ver al Emperador, quien desde que fué separado de los demás prisioneros, no habia visto á otra persona que á su médico de cabecera.

El Emperador, no pudiendo menos de agradecer mi buena voluntad, aprobó mi proyecto completamente. Villanueva le dió el consejo de dirigir algunas líneas á Juarez, pidiéndole una próroga de quince dias, para preparar su defensa y consultar con abogados de México. El Emperador condescendió con esta propuesta, y firmó una carta escrita por el mismo Villanueva, á pedimento suyo. Los dos me dieron la instruccion de no entregar dicha carta sino en las propias manos de Juarez, y si no pudiere hacerlo, de no entregarla á nadie absolutamente.

Teniendo que ponerme en marcha inmediatamente, me despedí del Emperador, quien no pudo contener sus lágrimas. Yo igualmente estaba muy conmovida; porque me parecia ver su rostro por la última vez.

Habiendo prometido dar la carta en las propias manos de Juarez, y temiendo que se me pusiesen dificultades para lle-

gar hasta el, juzgué por conveniente procurarme un salvo-conducto de Escobedo.

Era entre la una y las dos de la mañana cuando me dirijí con Villanueva y con mi criada á casa de Escobedo. Tuve suerte: el general acababa de llegar con el coronel Doria de un lugar de recreo y estaba de un humor magnífico. No me dió solamente la carta que le pedí para Juarez, sino tambien la órden de que pudiera aprovechar las mulas de posta entre Querétaro y San Luis; de suerte que volví muy contenta á mi hotel, á fin de preparar mi viaje, para cuyo objeto el Sr. Bahnsen me habia prometido prestarme su carretela lijera.

Pero luego que se trató de cumplir su promesa, el Sr. Bahnsen se retractó. Tuvo miedo de que su carruaje se hiciese pedazos; y llamó mi plan un capricho de mujer descabellado é inútil. Estuve fuera de mí é hice cuanto pude para obtenerlo, lo que al fin logré despues de muchos trabajos y bajo la condicion de que uno de sus sócios mexicanos me acompañase.

Eran ya las cinco de la mañana cuando al fin partimos con cinco mulas y los cocheros correspondientes. Aquellas bestias fuertes, acostumbradas á tirar la pesada diligencia, subiéndolas cerros y colinas, se pusieron muy briosas cuando sintieron una carga tan lijera tras de ellas; y parecia que tenian el ánimo de cumplir los malos presentimientos del Sr. Bahnsen; pues apenas hubimos hecho una legua, cuando emprendieron un asalto contra un muro de piedra quebrando la lanza.

Mi protector mexicano se puso fuera de sí; y despues de muchos gritos y lamentos inútiles, la lanza fué amarrada con reatas, hasta que pudimos conseguir otra nueva en San Miguel.

De este modo pasábamos todo el camino tan á prisa como era posible, y llegamos sin más accidente á una hacienda, sita en una distancia media entre San Luis y Querétaro. Era la media noche; yo por mi parte quise seguir adelante; pero aquel hombre de palo á quien el Sr. Bahnsen me habia dado de compañero, decia que estaba cansado y debia dormir; que el camino estaba plagado de ladrones. . . . en pocas palabras, que no tenia ganas de caminar más durante la noche.

Al fin condescendí con ese lloron, bajo la condicion de que nos pusiéramos en camino á los tres de la mañana.

Todos estuvimos listos á la hora prefijada, yo, los cocheros y las mulas; pero mi afeminada y soñolienta escolta, representada en el compañero que me diera el Sr. Bahnsen, no dejó verse en ninguna parte, y los golpes más fuertes contra su puerta quedaron desaperecidos.

Ya habia tomado la resolucion de abandonar á aquel dormilon, cuando el caballero se presentó de repente á las seis, completamente acicalado y planchado y con guantes de ca- britilla, pidiendo con una voz chillona una tasa de café. Esto me violentó tanto, que habria podido hasta matarle; pero me contenté con darle una muerte moral con palabras.

Llegamos á San Luis entre las seis y las siete, y nos alojamos en la casa del Sr. Bahnsen, cuyas amables hermanas me recibieron con un sincero afecto.

Siempre tenia delante de mí el rostro pálido y melancólico del Emperador, dirijiéndome miradas de gratitud desde su lecho de dolor; miradas que se grabaron en mi corazon cuando me despedí de él, y que parecian recordarme que cada momento que perdiese podia costarle la vida.

No haciendo caso del atavío que tenia, corrí inmediatamente á la habitacion de Juarez, quien no pudo recibirme por estar en acuerdo con sus ministros. Mandó decirme que le enviara la carta del Emperador, lo cual rehusé por haber hecho promesa de no entregarla sino en sus propias manos; pero sí le envié la carta de Escobedo; y me mandó decir que me esperaba á las nueve de la mañana próxima.

Al tiempo prefijado, el hermano del Sr. Bahnsen me acompañó á casa del presidente, quien me recibió otra vez acompañado del ministro de justicia, Sr. Iglesias. Tomó mi carta, la leyó, la dió al ministro y dijo: que el término para la formacion de la causa contra Maximiliano, se concluia dentro de tres dias, segun la ley, y que, despues de haber reflexionado maduramente, habia resuelto que no le era posible conceder la próroga que se pedia.

Entonces me dirijí al Sr. Iglesias hablando en favor del Emperador cuanto pude. Dije que era bárbaro fusilar á un prisionero sin concederle siquiera el tiempo necesario para su defensa y tratar de traidor á un hombre que habia venido al

país con la firme creencia de haber sido elegido y llamado por el pueblo mexicano; que unos dias más ó menos no podian hacer variar las disposiciones del gobierno, y que aun la misma prudencia aconsejaba no festinarse; que meditasen bien las consecuencias; y que no solo la Europa, sino el mundo entero civilizado se indignaria del modo cruel y precipitado con que se procedia en el presente caso.

“Pues, Sr. Iglesias,” continué diciendo: “sírvasse vd. reservar su determinacion á lo menos hasta las cinco de la tarde; si entonces perseverais en ella, me volveré para Querétaro; y Dios sabe, con cuanta afliccion.”

El Sr. Iglesias me acompañó hasta la puerta, y entonces les dije todo lo que mi corazon dictaba para conmoverle. Nada contestó; pero me apretó la mano de un modo que parecia prometerme su ayuda.

Cuando volví á las cinco, vino á mi encuentro con una cara radiante de alegría, y sin decir una palabra, me entregó la órden preciosa, por la cual se concedia la próroga que se habia pedido. Estuve fuera de mí de gozo, y con pena pude detenerme de echarme al cuello de aquel buen ministro. Quise tambien darle mis gracias al Sr. Juarez; pero este no estuvo en casa, ó se mandó negar.

Aunque me dijeron que la órden de la próroga habia sido dirigida por el telégrafo á Querétaro, tuve impaciencia de volver allá, considerando que muy fácilmente pueden cometerse unos yerros irreparables, y que la órden escrita estaba solo en mis manos. Rehusé el acompañamiento del consabido socio soñolento; pero acepté gustosa el de otro más vivo, del Sr. Daus, quien me indicaba ser un compañero de viaje más útil y más agradable; así era en efecto, pues cuando el cochero no arreaba bastante, él mismo se sentaba en el pescante á tomar las riendas.

Las amables hermanas del Sr. Bahnsen pusieron dentro del coche para el Emperador y los demás prisioneros todo cuanto seria útil y necesario; y habrian puesto todo su menaje si se hubiera podido.

El viaje era muy molesto. Las noches eran oscuras y los caminos tan peligrosos que era preciso encender hachas; pero estas se apagaban inmediatamente por los fuertes aguaceros, y teniamos que caminar á pié horas enteras en la oscur-

dad y completamente mojados. No tenia más que un par de zapatos muy delgados, que se hicieron prontamente pedazos por las piedras agudas. Este viaje y la irritacion consiguiente me causaron un malestar tal que al llegar á mi hotel en Querétaro á las once, hubiera querido recobrarne un poco y arreglar mi tocador; pero sabiendo que el Emperador no habia todavía sabido nada de la próroga, habria tomado por un crimen el demorarme solo por un minuto, y me fuí inmediatamente, tal como estaba, al Convento de las Capuchinas.

Estaba cansadísima; mis zapatos estaban en pedazos y mis piés desollados, mis cabellos en desórden y mis manos y mi cara sin lavar; en una palabra, debo haber parecido un espantajo; pero era muy feliz y acaso un poco orgullosa del suceso que habia obtenido.

El Emperador se conmovió mucho y me espresó su agradecimiento con las palabras más bondadosas. Ya durante mi ausencia me habia condecorado con la orden de S. Carlos fundada por la Emperatriz; cuya condecoracion consiste en una pequeña cruz de esmalte blanco, adentro verde, con la inscripcion "Humilitas," y se lleva en un moño colorado.

Despues de haber conseguido la próroga, importaba ante todo aprovecharla para salvar al Emperador. Ya cuando le ví por la primera vez, habia tratado de convencerle de la necesidad de hacer venir de Méjico al Baron Magnus y á algunos abogados; pero entonces me contestó que no queria llamar á nadie, por ser enteramente inútil. Mucho menos lo creia conveniente, estando ocupado en un proyecto de fuga inventado por mi marido quien no dudaba del buen éxito, y cuya fuga debia efectuarse luego que los oficiales sobornados montasen la guardia.

Desde el principio desconfié del buen éxito del mencionado plan, aunque hice cuanto pude para llevarlo á cabo. Era magnífico en sí, pero yo no tenia confianza en la jente que mi marido empleaba. Dos de ellos se habian pasado con los liberales, despues de haber pertenecido al ejército francés; eran unos oficiales demasiado subalternos, y me parecia que no tenían ni la autoridad, ni la enerjia necesaria para llevar á cabo lo que prometian, me hacian la impresion de ser unos viles cuyo único y solo interés era sacar dinero. Por tal razon; yo me habia declarado desde el principio en contra, advirtiendo

que no se metieran con ellos, é insistí en que el Emperador tratase con personas de más categoria.

No teniendo, pues, mucha fé en el buen éxito de la fuga, obtuve al fin del Emperador la promesa de mandar por el Baron Magnus y otros ministros estrangeros como tambien por algunos abogados de Méjico, y me ofrecí, ir yo misma á traerlos.

Temiendo que el jeneral Márquez mandara á arrestarme en aquella capital, hice que el Emperador le escribiese la siguiente carta.

"Querétaro Mayo 20 de 1867.

Mi querido jeneral.

La dadora de estos renglones es la princesa Salm que ha tenido la bondad de prestarse para ir á México, con el fin de arreglar unos negocios de familia que son de suma importancia, y á hablar al mismo tiempo con los abogados que deben ser mis defensores.—V. proporcionará á la princesa, durante su permanencia en Méjico y para que vuelva á Querétaro, todo lo que necesite llenando en todo sus deseos.—Su afectísimo.

MAXIMILIANO."

Me dió al mismo tiempo una carta para el Baron de Magnus publicada por mi marido y dos cartas para los abogados Riva Palacio y Martinez de la Torre, como tambien unas líneas para el Padre Fischer acompañando la siguiente carta concerniente á su dinero particular, que debia traerle.

Publico dicha carta, porque el dinero mencionado en ella ha desaparecido, sin que nadie pueda decir en qué manos se ha estraviado.

Querétaro Mayo 23 de 1867

Por la presente ordeno á V. se sirva recoger las cantidades siguientes que me adeudan de la lista civil á saber:

Mesada correspondiente á Mayo último.....	10.000
Por los gastos de la casa que me acompaña en dicho mes.....	1,500
Mesada de Abril.....	10.000
<hr/>	
A la vuelta.....	21.500